

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006 ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

PADRE

Alma-Iglesia, tu vida es vivir en intimidad sabrosa con las divinas Personas, en comunicación con la Familia Divina. Es asomarte a la cara de nuestra Iglesia santa para contemplar en su faz hermosa el rostro infinito de nuestro Padre Dios. Es vivir tu filiación divina; estar como el pequeñuelo en el regazo de su padre; sentarte en las rodillas del Eterno para decirle tu secreto de amor, y escuchar embelesada el habla que el Amor dice a tu alma.

La vida del hombre sobre la tierra es un regalo del Amor Infinito, que nos creó para hacernos participar, saborear y vivir de su vida. Toda nuestra vocación, ambiente espiritual, modo de vivirlo, orientación y fisonomía de cristianos podría describirse en la postura del pequeño que mora y descansa en el regazo amoroso del Padre. Llamar Padre a Dios es nuestra fisonomía espiritual; y rondando a esto va todo.

¡Padre...! En esta atmósfera ha de desarrollarse nuestra vida espiritual dentro de la Iglesia, si queremos vivir, en prolongación, la misión de Cristo, su vivir, su palpar y su expresión.

Es necesario que vivamos la verdadera infancia evangélica, que brota de una espontánea humildad, al comprender el corazón infinito del Padre en contacto amoroso con la pequeñez de nuestra alma, que, rebosante de júbilo, puede llamar al Dios tres veces santo: nuestro Padre Dios.

Cuando ores, no busques métodos que te aten, para ponerte en contacto con tu Familia Divina. Sea la postura de tu oración un correr a descansar en el regazo de tu Padre; y allí, cuéntale en intimidad y pequeñez tus problemitas de niño, y escucha el suyo de supremo y único Pastor.

Ve a la oración a estar un rato con el Amor Infinito; procura sacar el máximo grado de amor que puedas; búscale hasta que le encuentres; dile si sufres o si gozas.

Tu postura en la oración ha de ser un ponerte en el corazón de Aquel que sabes que siempre te ama infinitamente, te abraza eternamente, te comprende, y amorosamente te besa.

No seas alma de muchos métodos. Llámale a Dios: Padre, como sepas. No te pide ciencia para comunicarte con Él; te necesita a ti como tú eres.

Ve dejando todo lo que es criatura y ve haciendo silencio en tu alma.

Ambienta toda tu vida espiritual en esta palabra que a Jesús no se le caía de sus labios: ¡Padre...! Los Apóstoles comprendían algo del amor que Jesús tenía a su Padre; le oían hablar de Él, y barruntaban la alegría y el amor eterno que el Verbo infinito sentía en su ser al nombrar, manifestar y hablarles del Padre. A tanto llegó, que los Apóstoles hacían consistir en su conocimiento e intimidad amorosa toda su felicidad.

Felipe, en uno de esos días en que Jesús había expansionado su alma en saboreo de amor hablándoles de su Padre, le dice: “Muéstranos al Padre y esto nos basta”; viéndose por esto lo que significaba de felicidad para los Apóstoles el conocimiento de Dios en sus entrañas paternas. “Esto nos basta...”, ¡no deseamos más!

Y el Maestro, tal vez un poco dolido de la incomprensión de sus Apóstoles ante su mensaje divino, les expresa el gran misterio de comunicación, intimidad y relación que existe entre el Padre y Él: “Felipe, ¿no sabes que el que me ve a mí ve al Padre? El Padre y Yo somos una misma cosa”. Y en otra ocasión, manifestándoles claramente el misterio de la Trinidad, les dice: “Es necesario que Yo me vaya para que el Espíritu Santo os dé a conocer claramente y os haga comprender todas las cosas que os he dicho”.

¡Qué gran sorpresa...! ¡Cómo saltaría de júbilo el corazón de los Apóstoles aquel día en el cual,

después de haber oído hablar al Hijo de su Padre, encendido en la caridad del Espíritu Santo y abrasado en su amor hacia Él, le preguntaron cómo habían de orar! Y Aquel que había de dar el método de oración para todos los tiempos y para todos los hombres, les contestó volviendo su mirada al Infinito: “Padre nuestro el celestial...”

¡Ya enseñó Jesús, el Fundador de su Iglesia, a toda ella, la manera, el método y la forma de ponerse en contacto con Dios! La postura de nuestra alma ha de ser una mirada hacia el Padre en expresión de infancia evangélica, que se vuelve a Él para que le confíe su secreto.

Jesús, lleno de gozo, expresa la gran alegría de su corazón prorrumpiendo en una acción de gracias al Padre porque ha revelado su secreto a los pequeñuelos, ocultándolo a aquellos que, creyéndose algo, se consideran los sabios y prudentes: “Gracias te doy, Padre, porque has revelado tu secreto a los pequeñuelos...”, a estos que, sin saber, sentados en tus rodillas, te llaman Padre.

Los Apóstoles eran pequeños, y por eso preguntan a su Maestro la manera de orar. Y al oírle decir que llamasen a Dios: ¡Padre!, sus corazones, saltando de gozo y henchidos de alegría como infinita, comprendieron hasta dónde los amaba el Señor. ¡Podían llamar Padre a aquel que era la felicidad de Jesús, y con la cual ellos quedarían saciados, no deseando más! ¡Padre...!

Con qué gozo los Apóstoles, durante la vida de Jesús, y después, estarían deseosos de tener un rato en el cual pudieran ellos, en derecho de propiedad, llamar a Dios ¡Padre!, empleando la misma palabra, la misma fórmula que Jesús empleó para comunicarse con Él... ¡Cómo pensarían después en este momento...! ¡Cómo lo recordarían siempre que fueran a orar...! ¡Cómo se acordaría Pedro el día que le negó...! Y por ello, confiado, porque Jesús y el Padre “eran una misma cosa”, llorando y destrozado por la traición que acababa de hacer al buen Maestro, su corazón esperaba ansioso que saliera Jesús para llamarle: ¡Padre...!; y considerándose como hijo pequeñuelo, en aquel mismo momento quedó perdonado.

No sé si sabré expresarte, decirte y meter en tu alma cómo has de orar. Sé que, en la vida espiritual, la base para llegar a la intimidad con Dios, para ser perfecto, para vivir feliz y para llenar el plan divino, es saber orar y encontrar, en el secreto de la oración, el descanso y familiaridad que el alma necesita. Sé que, en la medida y forma que ores, serás más feliz, más fecundo y darás más vida.

Dios nos pide entrar en el interior de nuestra casa, “en la recámara” donde sólo Él habita; “echar la llave”, y allí, en profundo silencio, estarnos con nuestro “Padre que mora en lo secreto” y que busca la soledad y el silencio para comunicarse.

También dice la Escritura que, cuando oremos, no vayamos a hablar neciamente como los gentiles, que ya sabe nuestro Padre lo que necesitamos, pues mora en lo recóndito de nuestra alma, y por lo tanto, quiere que allí, escondiéndonos nosotros en nuestra recámara, nos estemos en intimidad con Él, escuchando su secreto de amor.

Toda la vida de Jesús fue una tendencia hacia el Padre y un llevarnos a Él, para que nos abrasara en el amor del Espíritu Santo. Siempre que Jesús te quiere enseñar a orar, te pide que te hagas pequeño y que te echés en los brazos del Padre, que ya el Padre sabe todo lo que necesitas.

Orar, como muchas veces te he dicho, no es complicarse la vida buscando métodos y maneras para tratar con el Amor Infinito.

Orar es ir a ponerte en contacto con tu Padre Dios como puedas.

Orar es avivar la presencia de Dios, buscándole en su silencio y escuchándole en su intimidad.

Es decirle todo eso que tienes en tu alma, es ponerte en su corazón de Padre tal como eres.

Por eso, la oración unas veces será hablar con el Señor; otras, escucharle; otras, mirarle y sentirte mirado; descansar en el pecho del Amigo y hacerle descansar a Él; decirle que sí en una entrega total a su amor eterno; adorar en prostración amorosa; abandonarte en sus brazos de

Padre; sentarte en sus rodillas para que te cuente su secreto; apoyar tu cabeza, como San Juan, en el pecho del divino Maestro; escucharle de rodillas como la Magdalena; mirarle embobado, como los pequeñuelos; estarte saboreando una frase que sea vida para tu alma, o quedarte en silencio, en saboreo y amor, ante una cosa que has leído o que has oído.

Orar es todo aquello que te lleva o te pone en contacto amoroso con el Señor, para sacar y dar amor.

Es hacer gran silencio para oírle en su silencio, para escuchar su habla sin palabras. Ya que el Verbo, a pesar de ser la Infinita Palabra y el Eterno Decir del Padre, se comunica en secreto en la oración al alma que sabe buscarle en intimidad; la cual queda encendida en las llamas del Espíritu Santo ante el contacto del Hijo eterno del Padre, que se le entrega en donación, para decirle su secreto infinito.

El Padre te sienta en sus rodillas para decirte su vida amorosa; y como su decir es su Verbo, te dice a su Verbo, besándote en el amor del Espíritu Santo.

Lo único que te pido, hijo querido, es que no te creas obligado a algún método particular de oración.

Cuando vayas a orar y no tengas ninguna cosa en tu alma que te urja depositar en el Amor, abre el Evangelio, lee algo de él, y quédate en silencio

amando. Si con esto te basta para el tiempo de oración, no busques más, que el Señor te llevará a la soledad para hablar a tu corazón.

Si tu imaginación te distrae, procura el silencio; y si no lo puedes conseguir, abre nuevamente el Evangelio u otro libro que del Señor te hable, y vuelve a ayudarte, para adquirir el recogimiento, con otro punto de lectura cortito y breve.

Esto hazlo en la oración cuantas veces lo creas necesario para entrar en el silencio.

Pero, cuando sientas en ti la necesidad de estar en silencio sabroso para escuchar a Dios, de mirarle con amor, o de estarte saboreando, sabiendo o comprendiendo cualquier verdad que a tu mente pueda venir y que te ayude como medio remoto para amar, no busques más, que el Amor obrará en ti.

Muchas veces te he dicho que orar es amar; y te lo repetiré hasta que muera, porque sé que, cuando Dios habla directamente al alma, le estorban las lecturas, las palabras; pues el Verbo, a pesar de ser la Infinita y Eterna Palabra, cuando se da al alma, lo hace en un eterno silencio.

Y así, cuando la Sabiduría divina y amorosa, que es el habla del Infinito, se va infundiendo en el alma, ésta siente que desfallece de amor, que va siendo penetrada por el entendimiento

divino, que se le está comunicando Dios en sabor de vida eterna, y que aquel decir del Verbo es de la misma manera que al Padre le habla: una Expresión infinita de sabiduría secreta que, en retornación de amor al Padre que le engendra, le dice, sin ruido de palabras, todo el infinito ser del *In principio*.

No necesita Dios para hablar al alma de ninguna palabra; tanto, que, cuando en la oración o fuera de ella el alma oye palabras, no es directamente Dios el que se le comunica, sino que lo hace por medio de la criatura palabra, mediante la cual le expresa su voluntad.

Pero, cuando en el silencio de la oración callada, se apercibe un frescor silencioso de vida eterna, entonces es cuando la sustancia del Increado está comunicándose a la sustancia del alma, y es cuando ésta en verdad puede decir, sin miedo a equivocarse, que la Sabiduría del Padre, la Palabra cantora en la Trinidad, está hablando a su ser pequeñito de Iglesia.

Por eso, lo importante en la oración es ponernos en contacto con nuestro Padre, siguiendo así la enseñanza de Jesús; pues lo que el Señor, como Cabeza y fundamento de la Iglesia, enseñó a los Apóstoles, es lo que quiere que después, durante todos los tiempos, viva cada uno de sus miembros, todo aquel que se llame cristiano, todo el que reciba su enseñanza para hacerla vida.

Dios se es la Paz infinita, el Amor sabroso, el Gozo pacífico, la Sabiduría secreta... Por eso,

cuando tú estás en la oración y sientes necesidad de estarte en silencio, porque apercibes o saboreas una frescura de paz, un amor sabroso, un gozo espiritual, un silencio profundo que te invita a estarte sin pensar, sólo apercibiendo o escuchando aquel sabor que, llenándote de paz y silencio, sin tú mismo poderle dar forma, sabes en experiencia que estás cerca de Dios, ¡escucha, alma querida, no te distraigas!, que el Verbo, en el silencio, te está hablando sin ruido de palabras, diciéndote en tu interior, en saboreo, sin forma ni figuras, lo que Él es. Porque el habla de Dios obra lo que dice.

Y por eso, cuando pone al alma en su contacto, bien en la oración o durante cualquier momento del día o de la noche, se le comunica en lo que Él es, y la hace conforme a aquello mismo que le infunde; y como la comunicación de Dios es decirse Él mismo al alma, por eso la hace apercibir lo que es el mismo Dios en su simplicidad sabrosa.

A veces pensamos que el habla de Dios es como la nuestra, que la comunicación del Infinito es a lo humano; y no, alma querida, no. Dios habla como es, “en espíritu y en verdad”. Y por eso, sin ruido de palabras, se te infunde el mismo Verbo abrasándote en el amor del Espíritu Santo, iluminándote en su Luz, haciéndote sentir y vivir su espíritu de fortaleza, de sabiduría, de ciencia, de temor de Dios, de bondad..., en un gozo, fruto también del habla divina, en luz sabrosa del Espíritu Santo.

Orar es amar, es vivir en intimidad de hogar con la Familia Divina. Dios, al comunicarse al alma, le dice lo que Él es, y entonces le hace apercibir —porque su habla es comunicación en secreto—, eso mismo que Él es, mediante los dones del Espíritu Santo, que no es más que la comunicación sabrosa de la sustancia de Dios en la sustancia del alma.

La manera de hablar Dios es según Él es, en espíritu. Por eso se comunica al espíritu, como Él es. Y Él es el Silencio infinito. Por lo cual, cuando sientas necesidad de silencio y en Él apercibas algo sabroso, que no es material sino saber de vida eterna, o simplemente silencio gustoso y calentito, donde se está a gusto porque se apercibe la cercanía de la persona amada, esto es habla de Dios a tu alma; porque es decirte o hacerte saborear, presentir, o intuir, lo que Él es, sin expresiones de acá, sino en comunicación de silencio, donde el Amor te pone para hablar no a tus oídos, sino a tu corazón, en secreto de intimidad.

Te vuelvo a insistir: ve a la oración a buscar amor, a saber —de saborear—, en el silencio del espíritu, del silencio secreto de Dios, donde Él, sin ruido, sin forma, sin conceptos y sin figura, se te hace apercibir y te hace conforme a eso mismo que te comunica. Lo cual, en sustancia, no es más que el Amor al hacerse experimentar a tu alma se te expresa según es, y te pide tu adhesión completa a su decir y obrar en ti.

Dios mío, llévame a tu soledad y apérciba yo tu silencio en dicho infinito, para que, haciéndome semejante a ti, te sepa y te comunique en espíritu y en verdad.

Dios se es la Sencillez infinita y así se te comunicará. Por eso, abre tu alma al Amor con la sencillez del niño, y verás cómo el Padre te estrecha entre sus brazos y te dice: “hijo”, no con palabras creadas, sino hablando a tu espíritu en comunicación de su vida, la cual te llenará del gozo espiritual que nada ni nadie te podrá quitar.

Hijo, cuando sientas un silencio sabroso, paz, gozo espiritual, amor secreto..., escucha, que es comunicación de Dios a tu alma en lo que Él es; y como el habla de Dios obra lo que dice, ábrete para que vivas del Infinito.

Por eso, ora como te enseña tu Iglesia por su Fundador Cristo Jesús. Llama a Dios: Padre, y, como a tal, búscale en la oración.

No desprecies nunca ningún método de oración; recibe todo lo que tu Iglesia por sus santos te enseña; pero vive esta oración de que te hablo.

Te vuelvo a insistir que no es que desprecies ningún método, sino que no te creas obligado a valerte de alguno para orar; que corras a la oración para llamarle a Dios: Padre, y como consecuencia de esto, vivas.

La presencia de Dios ha de ser lo mismo.

Procura estar durante el día en la postura, estado o manera que tengas en la oración; ya que, según mi concepto, la presencia de Dios es seguir orando durante todo el día, haciendo lo mismo que cuando oras. No te pido una postura para orar y otra para vivir, no. Vive como oras, y ora en intimidad de amor con Dios, para que sepas vivir.

Ya sabes que, en la medida que ores “entre el vestíbulo y el altar”, darás vida, porque te llenarás de ella.

No olvides que lo mismo en la Misa que fuera de ella, seas sacerdote oficial o místico, has de estar ejerciendo tu sacerdocio, has de estar “entre el vestíbulo y el altar”. Y has de procurar hacer vida en ti tu oración, de forma que vayas consiguiendo que no haya más que un cambio entre tu vida de oración y la presencia de Dios, y éste sea entre el que dedica ratos a estar con el Señor y el que dedica una vida a estar con el Padre, aunque ocupándose también necesariamente de otras cosas, procurando que éstas no le distraigan de aquello.

Orar es amar. Por eso procura vivir en el amor, estarte amando al Amado, tender hacia Él. No precisamente con imaginaciones, porque, si estás trabajando por imaginarte a la Trinidad en tu alma o cosa parecida, eso que imaginas no es Dios; pues el Señor está por encima de todos los conceptos e imaginaciones, ya que vive en una luz inaccesible, que es comunicada al alma en sabiduría y amor cuando ésta, en postura de

infancia evangélica, aprende y se acostumbra a llamar a Dios: Padre.

Por eso, sea la postura de la presencia de Dios que tú desees tener durante el día, igual que lo que te he dicho en la vida de oración: sin métodos. Sólo un método te pido, y son las ocurrencias sencillas, espontáneas y amorosas que te sugiera el amor. Pero te repito que creo será siempre o casi siempre la misma manera de llevar tu presencia de Dios que la que tengas para orar; ya que orar, lo mismo que la presencia de Dios, es vivir, o procurar estar con el Padre, en intimidad de amor con la Familia Divina.

Dice la Sagrada Escritura: “Anda en presencia de Dios y serás perfecto”. Busca por las plazas al Amado de tu alma; has de asirle para no soltarle más, “porque son sus amores más suaves que el vino y es unguento y perfume derramado, por lo cual le aman las doncellas”.

Hijos queridísimos, “venid y embriagaos conmigo, carísimos”, allí, “en la concavidad de la Peña” de la Eterna Sabiduría, orando de esta manera que nuestra Iglesia santa, por su Fundador, nos ha enseñado: sin fórmulas, sino con una mirada sencilla del pequeñuelo que, vuelto hacia el Infinito, lleno de júbilo, se goza en llamar a Dios: Padre.

Llama a Dios: Padre; ensancha tu alma. Sea

la oración para ti un rato en el que descanses en el Amor. Dile lo que tengas en el corazón como puedas. Hazlo como el pequeñuelo con su padre y así te llenarás de vida y la comunicarás a los demás, viviendo en la intimidad amorosa de las divinas Personas, y sabiendo a qué sabe Dios cuando, vuelto hacia Él, le digas: “Padre nuestro el celestial...”

Procura estar siempre mirando al Señor, como el girasol, y así vivirás feliz en tu vida de oración y fuera de ella cuando busques y desees la presencia de Dios.

Hijo mío, escucha esto que te digo: ora como te enseñó Jesús, como oraban los Apóstoles y primeros cristianos cuando aún no se sabía de métodos para ponerse en contacto con Dios.

Sé pequeño con la simplicidad del niño que, en sus ratos de juego, de confianza, de intimidad y de amor, llama a su Padre y, sentado en sus rodillas, meciéndose en ellas, le escucha y le ama en intimidad cariñosa e infancia evangélica.

Orar es amar; y el amor es fruto de la oración de filial confianza; y ésta lleva al alma a una vida de perfección, de entrega y de donación total al Señor; de forma que el que ha encontrado el secreto de la oración tendrá fortaleza como los Apóstoles para, después de haberle llamado a Dios: Padre, morir por Él contentos y felices por dar testimonio de esta verdad.

“Padre nuestro el celestial”, ¡enseñanos a orar y dínos cómo hemos de hacer para ponernos en contacto con tu corazón paternal!